

## CARACTERIZACIÓN DE LAS NOVELAS DEL “BOOM”

Arnoldo Mora

**Es** ya un lugar común afirmar que la novela hispanoamericana llegó a su apogeo con el “boom”, como si se tratara de un acontecimiento insólito. Ciertamente, gracias a esas obras, nuestra región llegó a convertirse en el epicentro de un huracán literario que conmovió a la literatura universal y logró que, por primera vez en la historia, nuestras letras fueran consideradas como las mejores. Sin embargo, debemos primero definir qué se entiende por “boom” de la novela hispanoamericana. ¿Se trata de un período histórico, o de una corriente estética, o de una serie de autores ubicados en una época determinada o formando parte de una generación? Si se trata de calificar el “boom” como determinado por regiones geográficas específicas, allí donde los autores han nacido o producido sus obras, habremos de señalar que nuestras tres regiones: México, Cono Sur y el Caribe, han albergado grandes representantes del “boom”; aunque habría que especificar que entendemos por Caribe, no tanto una región geográfica que se limita a las islas que pueblan ese mar, sino un conjunto de regiones donde domina la cultura afroamericana, lo cual hace que abarque también regiones continentales, como el Noreste brasileño y las costas caribeñas de Colombia y Venezuela. Por otro lado, hay que recordar que América del Sur no es sólo el llamado Cono Sur, sino también países intermedios, concretamente aquellos que conformaron el antiguo imperio inca, como Perú, Paraguay, Ecuador y Bolivia. Más difícil aún es delimitar con precisión el período histórico que comprende ese fenómeno cultural único que denominamos como “el boom”.

De mi parte, considero que esa época comenzó en 1953 en México con la aparición de una novela corta en sus dimensiones pero gigantesca en su valor, pues determinó, insisto, el nacimiento de toda una época. Me refiero a esa novela-tragedia que su autor tituló con el nombre del protagonista, “Pedro Páramo”, de Juan Rulfo; y terminaría con el fallecimiento reciente de Mario Vargas Llosa. Pero si de corrientes estéticas se trata, cosa que, en mi opinión, es lo más relevante, hemos de enfatizar que lo más original lo produjo el Caribe, con el Realismo Mágico del cubano Alejo Carpentier y Lo Real Maravilloso del costeño Gabriel



García Márquez. Los mejicanos son más nacionalistas, pues se centran en una interpretación trágica de su Revolución (1910-1934). En cuanto a los sudamericanos, siempre han estado más influenciados por las estéticas de origen europeo.

Pero para valorar la resonancia del “boom”, debemos ubicarnos en lo que fue la literatura universal desde finales del siglo XIX y durante toda la mitad del siglo XX. Este período fue dominado por la literatura norteamericana, tanto por sus novelistas como por sus dramaturgos; basta con recordar nombres como William Faulkner y Ernest Hemingway. Con la muerte de este último decae este período caracterizado por la preeminencia de las letras norteamericanas. El vacío dejado por ellas será llenado con creces por nuestra literatura en el ámbito planetario. Es nuestra edad de oro, que perdurará hasta nuestros días.

El “boom” de la novela hispanoamericana tiene sus características propias. Resumo estas características en los siguientes rasgos. La primera tiene que ver con la forma o estilo, ya que, recordando a Ruskin, “el arte es la forma” y es el barroco; lo cual no ha de extrañarnos pues el arte de Nuestra América, ya desde tiempos tempranos, se define en su arquitectura y escultura como “churrigueresco”. El conquistador español, habituado al paisaje estepario de Castilla, quedó perplejo ante la biodiversidad de nuestra exuberante Naturaleza, como se refleja en las crónicas en que esos ojos maravillados lo dejaron plasmado. Lo característico del barroco literario es la hipertrofia adjetivesca; abundan los superlativos, los adjetivos convierten a los sustantivos más anodinos en expresión de lo mágico en el relato (García Márquez) de lo maravilloso; el relato histórico hace que los hechos construyan un universo

desorbitado, pero no insólito. Este universo extra terrenal se vive como cultura, es decir, como parte de la cotidianidad. Lo cual nos permite remontarnos a los orígenes mismos de la humanidad. El surgir del ser humano a la vida trasciende los hechos y sólo puede ser asumido si uno se sumerge en ese universo de lo maravilloso y lo mágico. Que Mackandal sea inmortal y se reencarne en los próceres, es parte de la cultura de ese pueblo admirable que logró, inspirado en su religión de raíz africana, derrotar al ejército de Napoleón, reputado como invencible. Más aún, los esclavos haitianos no sólo rompieron sus cadenas, sino que demostraron que podían construir una república donde sus derechos como ciudadanos libres fueran el sustento de legitimación formal del nuevo régimen político. Que las mujeres suban al cielo en cuerpo y alma, constituye parte de la cotidianidad de Macondo. Pero si lo maravilloso y lo mágico son parte de la vida cotidiana, dejan de ser excepcionales. De ahí la importancia de la literatura, es decir, del lenguaje como expresión de lo bello y no sólo como vehículo de la comunicación. El lenguaje puede ser oral o escrito; si es oral es un relato, si es escrito es una crónica. Esta es la diferencia entre lo real maravilloso y el realismo mágico; mientras Alejo Carpentier escribe, García Márquez relata, con lo que logra conservar todo el embrujo de lo ingenuo pero virginal de la palabra; el lenguaje posee el taumatúrgico poder de crear universos, como el Yaveh bíblico que hizo de la nada todo lo existente con tan sólo el poder de la palabra.

La otra característica está ligada a la anterior. Ha sido destacada por la filosofía mejicana como signo distintivo del pensamiento de Nuestra América. La búsqueda de nuestra identidad es la razón de ser de nuestra creatividad, tanto en el campo de las letras como del pensamiento y de las proezas en el ámbito político. Si en lo político la lucha es por nuestra plena liberación —“la segunda independencia” de que hablaba Martí—, en el ámbito de nuestras letras es el reencuentro con nosotros mismos como creadores y forjadores de nuestro propio destino, asumiendo sea exitosamente (Carpentier), sea trágicamente (Fuentes), los procesos históricos que dieron origen a nuestra identidad; lo cual liga nuestras letras a la historia patria y adquieren un sesgo político. Dado que estas luchas libertarias se libran desde la Independencia de Cuba (1898) enfrentando a las políticas imperiales de los Estados Unidos, es en el país que posee la frontera con el Imperio, México, donde han comenzado a escribirse las novelas del “boom”; lo cual no ha de extrañarnos, pues allí se dio la primera revolución del siglo XX que abarcó todo el primer tercio de dicho siglo.

Tanto Juan Rulfo como Carlos Fuentes, asumen esta revolución como una tragedia, como un proyecto fallido a pesar del millón de muertos que provocó. Comala no es Macondo. Ambos son sus respectivos países: Comala es México, Macondo es Colombia, ambos signados por una historia escrita con la sangre de incontables guerras civiles.

La diferencia está en que en Comala todos están muertos y la tragedia culmina con el parricidio. Al descifrar el pasado en su dimensión trágica, el escritor comete ese parricidio que desde *Los hermanos Karamasov* sabemos que dio origen a la humanidad; por eso todo hombre está marcado por la señal de la sangre en su frente y en sus manos. Macondo, por el contrario, nos recuerda la edad de oro que según Don Quijote justifica todas sus locas aventuras. La búsqueda del paraíso perdido, la búsqueda de la fuente de la eterna juventud, el retorno onírico a la inocencia de la infancia, no son más que relatos, pues el coronel Aureliano Buendía peleó en múltiples batallas pero todas las perdió. Las historias de la Colombia ensangrentada por luchas fratricidas, tiñen el relato con una magia que no es más que un sueño que sólo denota las frustraciones de todo un pueblo; la magia se vive en la tragedia, el sueño deja de ser un anticipo del paraíso para convertirse en pesadilla. Pero del pasado nos queda, como en los trágicos griegos, el consuelo de la palabra; el arte nos revela el sentido de la vida, al hacernos recuperar oníricamente una infancia inocente, aunque perdida.

Al otro extremo de nuestra geografía, en la Argentina de la migración europea, encontramos los mismos temas. En su primera novela, *Los premios*, Julio Cortázar ve los orígenes de su Patria no en la tierra firme, sino en los mares gracias a un premio otorgado a un pasajero, pero que pronto vive en ese viaje-premio un drama. De nuevo, la novela es tan sólo una metáfora de su patria, no hay gauchos ni tangos, no hay más que desarraigo y drama en un barco que hace de la Patria tan sólo una añoranza y un suspiro. Finalmente, en el Perú del virreinato de la época colonial, una oligarquía criolla pero con pretensiones de sangre azul, a la que perteneció el propio Mario Vargas Llosa, ha convertido a su patria, con el apoyo de una sangrienta casta militar, en una Casa Verde, en un prostíbulo incrustado en medio de la exuberante Amazonía. Todas las luchas de la historia de nuestros pueblos se han convertido en una *Guerra del fin del mundo*, que adquiere ribetes escatológicos, guerra heroica, ciertamente, pero igualmente fracasada. Como en el final del Quijote, el “Caballero de la triste figura”, muere en medio de la desolación de su fiel escudero, al despertar a la realidad y tomar conciencia de que sus heroicas aventuras no eran más que una satírica copia de las novelas de caballería. El arte refleja y expresa la dimensión onírica de la existencia, según Freud, porque la verdad del hombre está en sus sueños. Es allí donde el ser humano se reencuentra con la inocencia de su infancia, donde el ser humano se dice a sí mismo su verdad. Nuestras novelas son un sueño. Pero son el suelo fértil donde florece nuestra autenticidad. ☞

---

**Arnoldo Mora Rodríguez.** Filósofo costarricense, profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional (UNA) en Heredia, Costa Rica. Es autor de importantes obras en el campo de la filosofía y de la cultura universal. Fue Ministro de Cultura, Juventud y Deportes de Costa Rica.